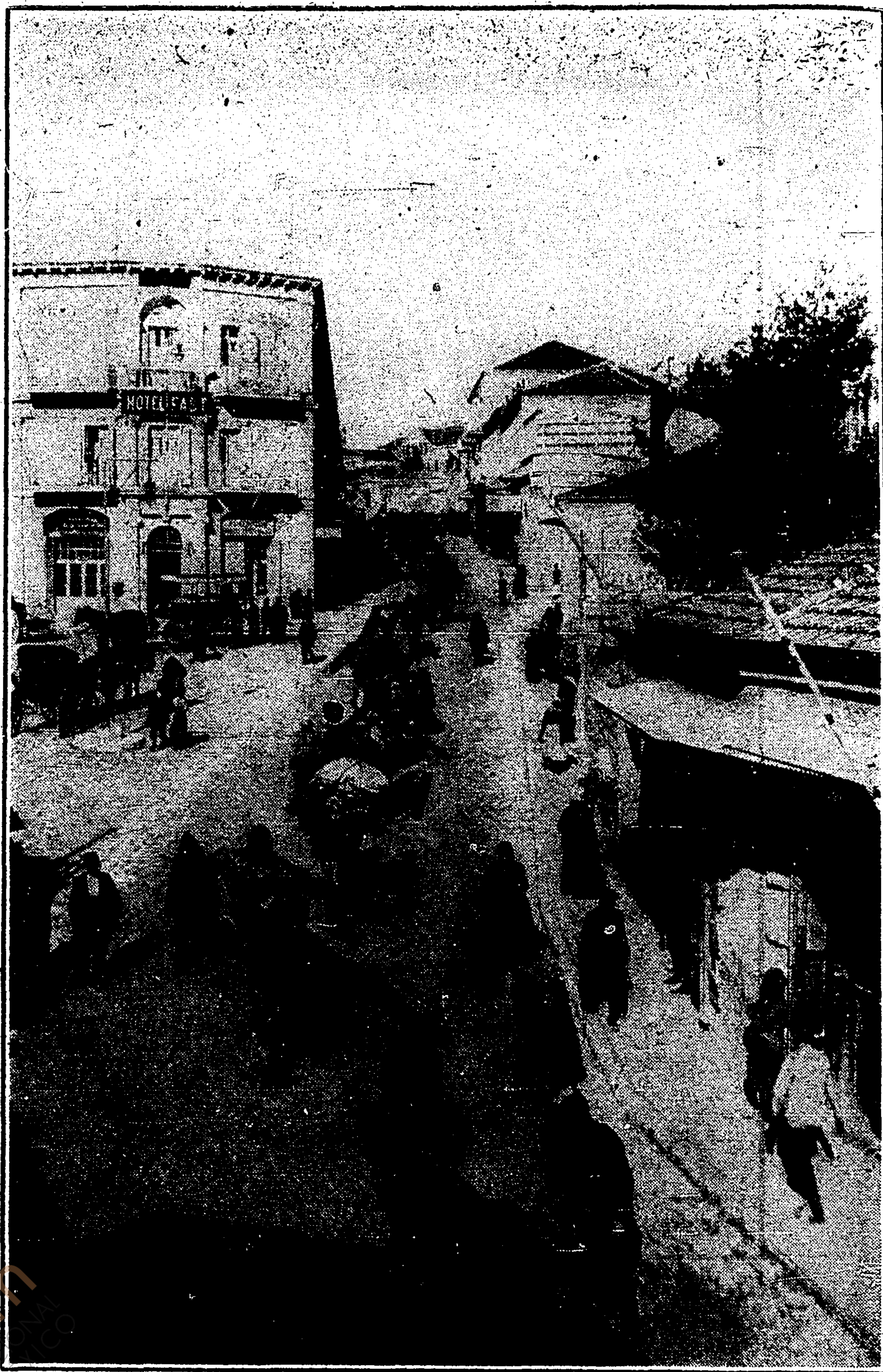


La artillería turca movilizándose en os santos lugares.



La Guerra en la Tierra Santa.

ges, acompañados por una dama y un gentil hombre de la Corte prusiana, emplearon la estratagema de fingirse ingleses. Sir Richard Wallace, Embajador de Inglaterra, habiase prestado gentilmente a presentarlos a las autoridades francesas como pariente de la familia real británica. Y no mentía. Porque, en efecto, la madre de la princesa era hija de la Reina Victoria. De añadidura, y para conservar mejor el incógnito, los dos augustos viajeros hablaban siempre en inglés, e iban acompañados por dos auténticos detectives del **Scotland Yard**. ¿"Por qué habría de causar extrañeza añadía el fogoso Guillermo, que los dos supuestos príncipes **ingleses**, sean imitados por uno más joven?"

Wilhelm, sin ceder una pulgada en su resolución, cotninuó machacando el hierro opositor hasta obtener del complaciente Gobierno de Saint James la prosecución del engaño respecto de las autoridades francesas, si bien imponiendo éste algunos puntos de cautela y preceptos de disciplina, a los que declaró previamente someterse.

El misterioso viajero llegó a París en los comienzos de junio, mientras el Embajador alemán, Principe de Hohenlohe, disfrutaba en Berlín de una breve licencia. Esta ausencia era significativa. Porque en la Embajada alemana "se debía" ignorar en absoluto la presencia del Principe Guillermo en la capital francesa. Durante su estancia en ella los cuatro personajes jamás comieron fuera del hotel, y se guardaron mucho de pro-

nunciar ni una sola palabra en alemán, por temor a descubrirse.

La primera, o de las primeras visitas del Principe, fué para la iglesia de los inválidos. Pensativo, contempló durante algunos minutos la tumba de Napoleón, por el que siempre sintió el Kaiser actual admiraciones limitadas y escasas.

Por el contrario, su corazón palpité con fuerza al pisar los umbrales del Palacio de Versalles. La gran sala en donde ocho años antes fuera proclamado el Imperio Alemán y elegido Emperador el viejo Guillermo, su abuelo, le retuvo en cambio acaso media hora. Miraba ávidamente aquellos objetos, que le recordaban en tierra francesa, el triunfo de "los suyos," y quizá pasaron por sus ojos fantásticas, imágenes de victorias futuras, mientras se agitaban, tumultuosos, en el pecho, esos deseos esas ambiciones, esas ansias de conquista que hoy, deencadenadas al fin, se manifiestan ante el estupor del mundo aterrorizado, convulsionando la labor pacífica de las industrias y de las artes, deteniendo, ¡quién sabe por cuanto tiempo! los progresos que dictó la cultura.

Dos noches casi consecutivas asistió el Principe al Theatre Francais viéndosele aplaudir con entusiasmo a Sarah Bernhardt en la "Doña Sol" del "Hernani." También fué otra noche a oír "La Reina," de Goldmark, cuya interpretación y presentación juzgó inferior a la del Teatro de la Opera de Berlín.

Un día quiso tomar parte en la as-

cesión del globo cautivo de las Tullerías, espectáculo nuevo por entonces. Fué imposible persuadirlo de que aquello era una temeridad sin nombre. El principe saltó en la barquilla y se elevó en los aires. El barón Owen y sus compañeros pensaban, con espanto, en la contingencia de un accidente, que al poner en grave peligro la vida del futuro Kronprinz, revelarse al propio tiempo la identidad.

De la misma intranquilidad participaba el Embajador Británico, y no perdonaba ocasión de hacerlo comprender cuando invitaba el Principe a algún **five-o'clock** tea en el famoso pabellón de Bagatelle en el Bois de Boulogne. No obstante las advertencias de Sir Richard Wallace, el Principe Guillermo iba allá con frecuencia. Le encantaba Bagatelle. De niño había pasado en ese rincón del Bosque horas felices.

Bagatelle pertenecía entonces a un potentado inglés, el marqués de Hertford y este lo había puesto a disposición del hijo de Napoleón III, como más adecuado que las Tullerías a los juegos del Principe heredero.

Whihelm y Lulú correteaban por la verde pelonse bien ajenos a las grandes horas históricas que el porvenir reservaba al uno y al otro.

Habían transcurrido diez años. Quizá soñaba ya Guillermo con esta jornada terrible que, hoy, a los 36 años de fecha, y teniendo que surcar un océano de sangre, acaba de emprender sin el peso del incógnito.

Federico GIOLLI.